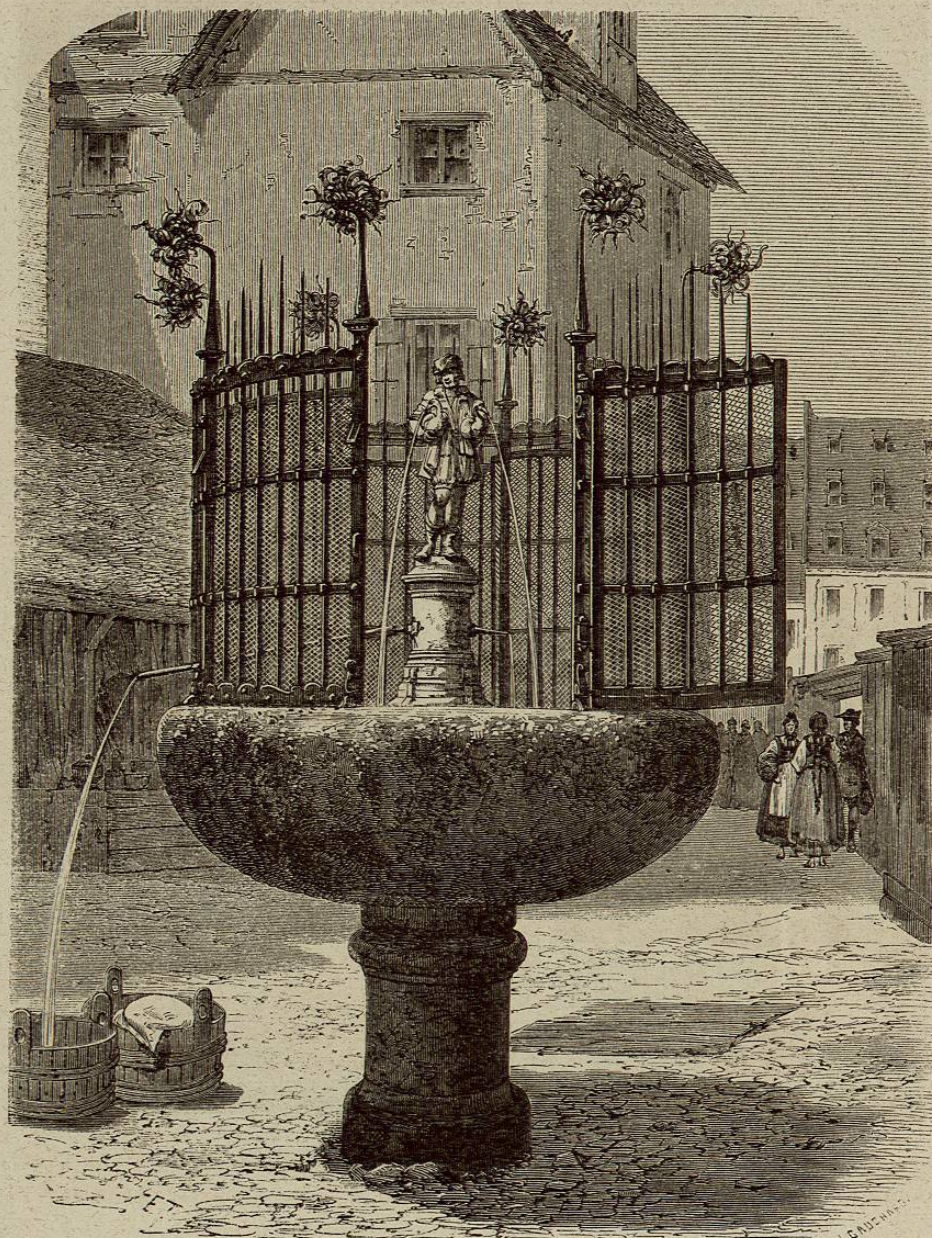


Cuando salgo de ella, el conserje, que se ha estado paseando con aire pensativo por delante de los estantes llenos de nobles pergaminos de que penden sellos de cera ó de plomo, agita el manajo de llaves con presiva impaciencia. Le doy las gracias por su buen

servicio y bajo: busco con la vista al viejo sastre y no lo veo por ninguna parte.

Un cartel azul recién fijado llama mi atención: es



El hombre de los ánsares: por Pankraz Labenwolf.—De fotografía.

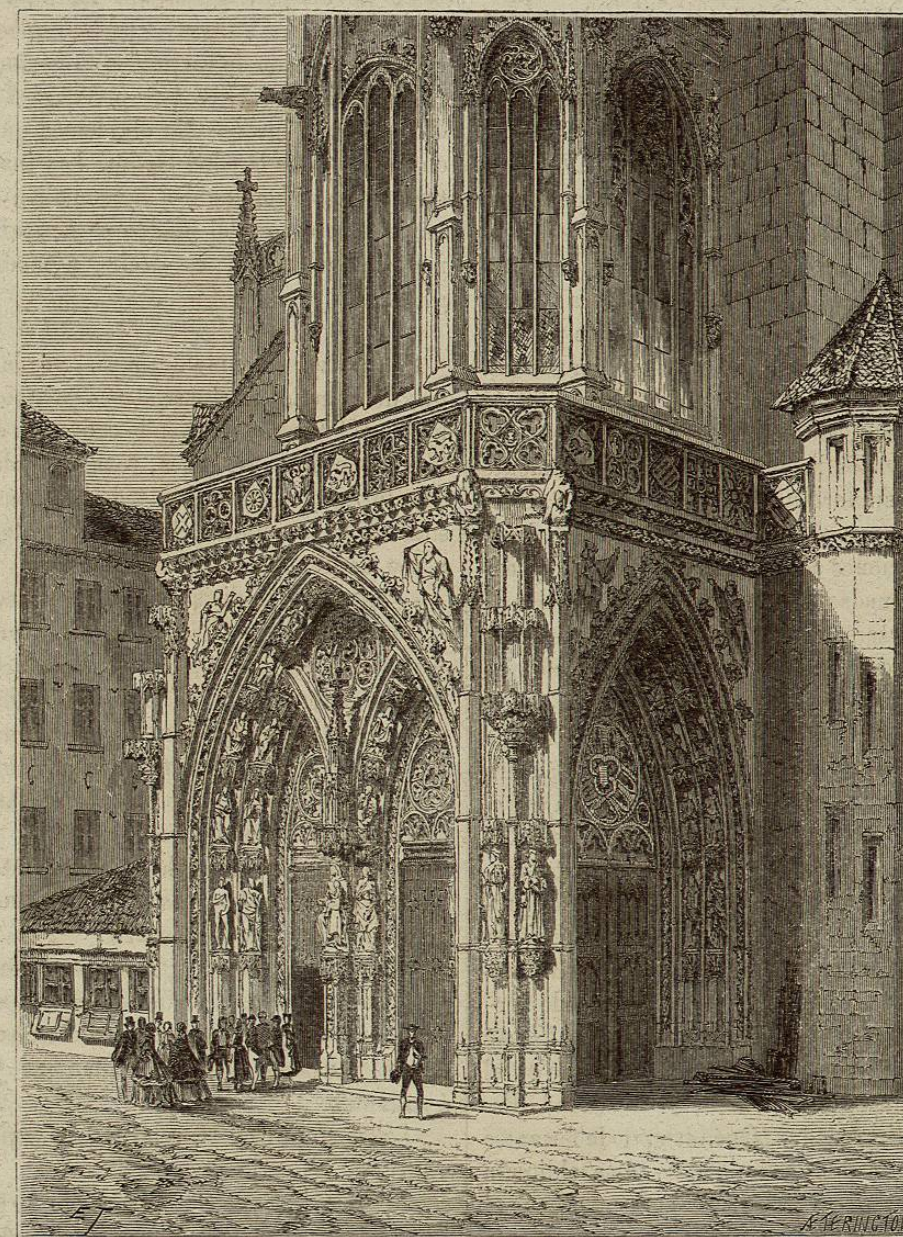
un anuncio de espectáculo. Sería interesante asistir á la representación de alguna comedia de costumbres populares. Pero ¡oh decepcion! Se pondrá en escena *Paillasso und seine familie*, melodrama imitado del francés. La semana anterior me retiré también con el mismo desagrado en Munich, de otro cartel del tea-

tro del pueblo (*Volktheater*) que anunciaba una imitación del famoso *Orfeo en los infiernos*. Uno de los primeros papeles había de ser desempeñado por un enano.

Mas allá de la plaza de San Gil, hacia el paseo

Weber, en la calle de Hirschel, me encuentro en frente de una de las casas más originales de Nuremberg. Su fachada habla á los pasajeros por símbolos: un elefante y una bola (castidad), una mano (Dios

Padre), un cordero, el sol (Jesus), la luna (María ó la Iglesia). ¿Qué sé yo cuántas cosas más? En el patio, á la entrada de una capilla, una columna de mármol oriental sostiene una doble cimbra. La llave



Pórtico de la Frauenkirche.—De fotografía.

de la bóveda está esculpida y representa la Cena. Altas columnas se desenvuelven esteriormente á la altura de dos pisos. Una torre pegada á la pared se triplica á la altura del techo y se corona con un grande y dos pequeños turbantes á la manera de los minaretes. Construyóse esta casa en 1544 por Lorenzo Tucher que había visitado el Asia Menor. Pregún-

tase uno cuál debía ser la vida interior y mueblaje de aquel rico patricio que tan singularmente mezclaba el gusto del misticismo cristiano con sus recuerdos del sensual Oriente. Se concibe la esperanza de descubrir algo de esto y se pretende entrar. Sálvase respetuosamente el umbral y se descubre... una fábrica de cartón.



El Rathaus.—Conservacion con un magistrado del siglo XVI.—El carro de triunfo.—Una guillotina romana.—Detalle de arquitectura recomendado á las damas francesas.—La bella Fontana.—La Frauenkirche.—Hans Sachs.—La fuente de las Vírgenes.—La iglesia de San Lorenzo.—La mesa sacramental de Adam Krafft.—Los puentes.—La capilla de San Mauricio.—El museo germánico.—La casa de Alberto Durero.—¿Alberto Durero grababa en madera?—¿Era mala su mujer?—Pamerplatz.—El Burg.—El viejo tilo.—La capilla Ottomar.—El cementerio de San Juan.—Pesares.

Nuremberg, edificada en medio de las arenas, tenia sin cesar la vista fija en su rica y bella aliada la reina del Adriático. A principio del siglo XVII quiso tener tambien su palacio ducal. El viejo palacio municipal Rathaus, reparado en 1619 por Holeschuer, es regular, magestuoso y sólido y debía tener un aspecto mas caracterizado en la época en que las madres decian á sus hijos: Cuando pases por delante de la iglesia, reza un paternoster, cuando pases por delante del Rathaus, reza dos. Las crónicas hablan de torturas, de suplicios horribles que los magistrados patricios hacian sufrir misteriosamente en los calabozos subterráneos de la casa comun, á los criminales, á los sospechosos, ó á los enemigos de su poder. Las tradiciones del palacio de Nuremberg están todas impregnadas en la siniestra poesía de las de Venecia. Debe creerse que la imaginacion popular ha exagerado mucho estos horrores; pero es cierto que á principios de nuestro siglo se encontraron en los calabozos del Rathaus horribles instrumentos que prueban unos procedimientos de la mas bárbara justicia. Algunos de ellos se conservan aun en el museo germánico. Cuando en 1790 los franceses se acercaron á la ciudad, se cargó un carro de estos instrumentos y se le mandaron al baron Diedrick, propietario de una coleccion de objetos raros y curiosos que guardaba en su castillo de Feistriz. Entre estos objetos que los nurembergos hubieran tenido vergüenza de dejarnos ver, estaba la espantosa *Virgen de Hierro* que despedazaba á sus víctimas, sino en el Rathaus, á lo menos en una torre de la ciudad, llamada la *Froschthurm* (1). ¿Qué idea puede formarse de una época en que la autoridad se creia obligada á emplear semejantes medios, ya para mantener el órden público, ya para conservar sus privilegios y poder? Bien era menester que el pueblo nurembergó

(1) «En el año de Nuestro Señor de 1530 se construyó la *virgen* de hierro para castigo de los malhechores, encima de la muralla del *Froschthurm*, en frente de la plaza de *Lieben Zeiler*. Esta estatua de hierro tenia 7 pies de altura, estendia los brazos hácia el criminal, y dándole la muerte, enviaba al pobre pecador á los peces, porque al instante que el ejecutor ponía en movimiento la plancha en que se ponía el condenado, se hundía cortado en pedazos con muchas cuchillas al condenado, quien venía á ser pasto de los peces en las aguas secretas.»

(D. Y. C. Siebenkees. *Materialem zur Nurnbengerischen Geschichte*, etc. Nuremberg. 1792.)

fuese en su mayor parte inferior á lo que es en nuestros dias bajo el aspecto de la moralidad y de la dignidad.

Leemos en una crónica de Nuremberg: «El pueblo no se ocupa mas que en sus intereses privados y no se cuida para nada de los negocios públicos. ¡Qué buen pueblo para gobernar! La bula de oro habia esceptuado á los burgraves de Nuremberg de la evocacion y revision de los juicios en la cámara imperial. ¿A quién aprovechaba este privilegio? ¿á los ciudadanos ó á los jueces? No olvidemos que no se trata en todo esto de la edad media. Los instrumentos de tortura mas abominables funcionaban en aquel mismo tiempo en que el pueblo se ocupaba mas de los negocios públicos, es decir, á mediados del siglo XVI.

Seria divertido, me decia yo, ver la fisonomía de uno de aquellos terribles jueces patricios saliendo de un largo letargo y queriendo ocupar su antiguo asiento entre los hierros, cepos, tenazas, caballetes, cuerdas, tornos y tornillos con todo lo demás que se necesitaba para intimidar á los malos, proteger á los buenos y mantener la paz pública.

—Señor, se le diría, no es el camino del Rathaus el que debe tomarse. Si quiere usted venir á nuestra coleccion de antigüedades y obras de arte, se le mostrará un buen surtido de viejas curiosidades.

—¡Viejas curiosidades! Y ¿se ha puesto en la coleccion el magnífico patíbulo cuadrado con su gran rueda de escarapela que decoraba el llano de *Frauenthor*? Puerta de las Damas (1).

—Mi abuelo se acuerda de haber visto siendo muy pequeño algunos despojos de esas feas cosas: hoy pasa por aquel sitio un ferro-carril.

—¡Un ferro-carril! ¿Qué nuevo suplicio es ese? Sabed que la justicia criminal no es cosa de burla. Pero, en fin, ¿en qué se emplean nuestros tres verdugos, nuestros dos atormentadores y sus quince ayudantes.

—Señor mio, en Nuremberg no existe ya ni un verdugo.

—¡Cielos! ¡Y osais proponerme que salga á las calles en mitad del día! Nuremberg será una guarida de malhechores.

—No, por cierto; se pasan cuartos de siglo sin que se cometa aquí un crimen de los que exigen una expiacion sangrienta. Los asesinos son como los locos, muy raras escepciones y no se piensa mas en ellos que en las tejas que pueden caer de los techos. Si su señoría quiere acompañarme, verá cómo no encuentra mas que ciudadanos pacíficos que se ocupan en sus ne-

(1) *Habet senatum et magistratum a plebe distinctum. Nam vetustiores cives rempublicam administrant, et interim plebs suis rebus studet, de publicis minime curiosa.*

gocios y en sus placeres con toda seguridad, con el respeto debido á las leyes y á la opinion ciertamente, pero sin temor ninguno al magistrado. Ya no se reza el paternoster delante del Rathaus, cuyo conserje gana algun dinero mostrando á los extranjeros sus calabozos vacíos.

—Os burlais de mi credulidad hablando de milagros imposibles; porque no es posible que una sociedad exista en condiciones semejantes. La naturaleza humana es la misma en todo tiempo, propensa al mal y capaz de todos los crímenes. ¿Me hareis creer que los malos no son infinitamente mas numerosos que los buenos? ¿Y la justicia humana, á ejemplo de la divina, no debe tener el objeto constante de oprimir las malas pasiones con el terror de los castigos? ¡Ah! si vuestros magistrados no inspiran ya ese espanto, es que el mal triunfa, es que el diablo anda suelto, es que vos mismo acaso... Pero basta. Vuelvo á mi sepulcro.

El conserje atraído y fascinado en la puerta por la música militar del puesto inmediato, no me invita á ver los subterráneos del Rathaus, donde se ocultaban los patricios en dias de alboroto popular. Yo tampoco tengo el mayor deseo.

Entro libremente en un patio, donde una bella fuente de bronce de Pancraz Labenwolf recuerda los célebres pozos de Nicolás d'Conti y de Alfonso Alberghetti en el palacio ducal. Unas cuantas escaleras me conducen á un salon que hace pensar en el del gran consejo, donde se enfilan los setenta y nueve retratos de los dux por encima de las magníficas pinturas de Tintoretto, de Veronese, de Palma, de Bassan de los Zucari y otros.

En las paredes del salon de Nuremberg, Alberto Durero pintó el *Carro triunfal*, alegórico de Maximiliano I, Músicos y un Juicio. Ya se conoce ese magnífico carro, que, popularizado por el grabado en madera y admirado en Italia sedujo en ella el pincel de mas de un maestro. Véense, por ejemplo, algunas de sus figuras, en el *Carro de la Aurora*, de Gnido Reni, que decora un techo del palacio Rospigliosi en Roma.

En la pared de en frente y entre las pinturas de G. Wehier que datan de 1612, se ve la representacion del suplicio del hijo mayor de Maulio Torcuato por medio de la guillotina. Dejemos de buena voluntad á nuestros abuelos la gloria de esta invencion: en su herencia hay mejores ideas que buscar.

*Et quand sur leur exemple on pretend se régler, C'est par leurs beaux cotés qu'il leur faut ressembler* (1).

El techo de estuco de un vasto corredor representa en relieve un torneo de 1446. El conserje, que me

(1) Y cuando quiera uno arreglarse por su ejemplo, imite solamente lo bueno.

acompaña ya, habiendo cesado la música, me hace observar que estos caballeros, y pajes y locos que se mezclan y baten allá arriba son todos de tamaño natural. ¡Nosotros tambien somos locos! Estos relieves están ya despegados del techo; precisamente hay sobre mi cabeza un caballo, que caerá el mejor día encima de algun inglés.

En el primer piso de muchas casas y encima de la puerta de entrada ó al lado, sobresale un pequeño aposento y queda suspendido sobre la calle. No he logrado saber el verdadero nombre de este detalle característico de la arquitectura privada del pais. Los mozos del Rothe Ross no saben qué responderme.

—Eso se llama un balcon, dice el mas viejo.

—No, que se llama pabellon, dice el mas jóven.

—Es una linterna.

—Es un mirador.

Un arqueólogo, Mr. Darcel, lo llama *atalaya* y hallo que se espresa con la palabra *ecke* (*encoignure*, esquinazo, rincon) en la notable obra sobre el arte alemán de un amigo mio que tuve la desgracia de perder. «Los esquinazos (*ecke*) que presentan las fachadas de las casas...» dice Mr. Fortul.

Atalayas ó esquinazos, estos curiosos aposentos son de muy vario estilo: unos tienen perfiles sencillos y severos; otros afectan formas góticas; estos están cubiertos con techos redondos que sostienen cuatro columnas de renacimiento; aquellos están abigarrados de fantasías rústicas; pero todos están interiormente exornados con la delicadeza del gusto femenino. Sus cortinas dejan entrever desde abajo vasos de flores, jaulas verdes, bellas arañas, espejos venecianos y buenos cuadros. Las damas trabajan sentadas en medio de estos gabinetes transparentes, donde sin tener que levantarse, pueden ver por tres ventanas cuanto pase en la calle, de cerca ó de lejos. El *ecke* es, á mi parecer, preferible al espejo holandés que copia furtivamente la imágen del pasajero para traerla al fondo de un interior invisible. Las cosas están mejor dispuestas en Nuremberg. Aquí no se espía; se mira lealmente viendo y dejándose ver.

20 de Setiembre.

De gabinete en gabinete, llego á la plaza del gran Mercado, ante la iglesia de la vírgen ó de Nuestra Señora, la *Frauenkirche*, cerca de la alta fuente piramidal que habia entrevisto por la noche. Esta fuente es un monumento gótico, de 20 metros de altura, obra renombrada del arte nurembergó en sus mejores tiempos, es decir, hácia mediados del siglo XIV. Seria preciso ser muy osado para no mirar-



la con la admiración mas respetuosa. Quinientos años hace que se le llama la *Bella Fuente* (*der schone Brunnen*.) Fue construida en 1365 por los hermanos Ruprecht arquitectos, y esculpida por Sbaldo Schonhober; pero se restauró hace veinticinco ó treinta años. En otro tiempo estaba pintada y dorada; actualmente tiene el color del carton-piedra. Acaso se diera uno menos cuenta del mérito de las estatuas que la rodean, profetas, héroes y reyes, si estuvieran revestidas de oro y vivos colores, pero el conjunto sería de un efecto mas pintoresco, y se sentiría mejor la época. Otra cosa sucede cuando al dar la vuel-



El rio Pegnitz.—De fotografía.

importa eso? El figuron en compañía de sus gansos lo hace perdonar y olvidar todo. Bajo sus groseros vestidos se siente lo que la liberal naturaleza concede lo mismo al hombre nacido en una cabaña, que al heredero de un ducado ó de un trono; una forma elegante, una postura sencilla, proporciones armoniosas, satisfaccion de ser, un aire soberano de comodidad en el modo de pasar la vida.

La iglesia gótica de la *Frauenkirche*, que en este momento proyecta su sombra sobre el *Gänsemännchen*, tiene mas originalidad que San Sebald. Fue construida y decorada en la misma época, y por los mismos artistas que la *Bella Fuente*. El emperador Carlos V hizo de ella su imperial capilla y la llamó *Sala de Nuestra Señora*. El pórtico cubierto de buenas esculturas de Schonhober, es muy recreativo. Encima se construyó otro cuerpo, donde Adam

ta á la fuente, me encuentro en frente del hombre cauto (*homme à die*) el *Gänsemännchen*. No se lo que la ciudad de Nuremberg piensa de esta obra maestra: seguramente no ha gastado mucho en su honor. A modo de pedestal, se ha hecho eleccion de un pesado pilon, mal desbastado y muy propio para servir de dornajo. Se ha aprisionado al pobre en un cerro de barrotes de hierro que no quebrantarian todos los furioses de una fiera; un largo tubo de laton que atraviesa parece decir. «No hagnis caso de mí.» Alrededor se venden harenques, cuyo fuerte olor asfixia, y da una prodigiosa gana de huir. Pero ¿que

Krafft puso el reloj. Antiguamente los aldeanos sentaban á sus hijos en frente del reloj durante las horas del mercado; para que vieran girar á los siete electores en torno del emperador Carlos IV. El pueblo llamaba á esto la *Männleinlaufew* (carrera de los hombrecillos.) Poco á poco su viejo mecanismo se ha ido oxidando como la vieja política, y los electores no quieren ya funcionar. (1)

Desde 1816 esta iglesia pertenece al culto católico y se la ha sobrecargado de ornamentos, estando ya

(1) Cuando se estinguió la Casa de Franconia por muerte de Enrique V, la nobleza de Alemania resolvió hacer el imperio realmente electivo. A la eleccion de Lotario en 1124, se dice que los principes confiaron la eleccion prévia á diez personas elegidas en sus clases. Una ley de Othon de 1208 parece fijar este privilegio de los principes electores, que no son mas que siete. Por lo demás sus orígenes son aun muy oscuros. La institucion de los electores del imperio, suprimida en 1806 con el Imperio mismo, y restablecida en 1814, desapareció definitivamente con la creacion de la Confederacion germánica en 1815

de antes bastante exornada con vidrios de colores y esculturas de Krafft. Su mejor obra es un retablo de fines del siglo XIV, cuyas pinturas en fondo de oro, se atribuyen á Conrad Wolgemuth. Actualmente decora el altar de la familia patricia de los Fucher.

Una calle inmediata á la iglesia de la vírgen,

lleva un nombre que despierta recuerdos poéticos. Hans Sachs, zapatero por su pobreza, príncipe de los Meistersanger por su talento, pasó aquí casi toda su vida manejando su lesna como hombre honrado para mantener á su familia, é improvisando mil secciontes cuentos, doscientos dramas, sátiras de costumbres, y una infinidad de versos. Enseñase al extranjero su casa, pequeña y negra, la cual por



Casa de Alberto Durero.—De fotografía

una rara escepcion no tiene la mas mínima señal del respeto de Nuremberg á sus glorias antiguas. En la tienda del ilustre zapatero se vende ahora cerveza.

Hans Sachs era de aspecto dulce y respetable, amaba con fervor la patria, y era sinceramente religioso.

Un dia Goethe vió un grabado que representaba alegóricamente al zapatero poeta y á su musa, é imitó el estilo del viejo Meisteusanger. Hé aquí, cómo lo interpretó en un poemita, donde lo mas no-

table á mi parecer, es su idea general y su movimiento:

«Hoy es domingo. Nuestro querido maestro, joven aun, entra en su obrador. No tiene puesto el sucio peto de badana, sino que se ha vestido de dia de fiesta. Su lesna quedó clavada en la hacienda, y el martillo, las tenazas y el cáñamo duermen alrededor.

¡ Vaya si su mirada, es benévola!

Una mujer entra á su vez. Es tambien joven y